

Vasko Popa a diez años de su muerte

Juan Octavio Prentz

Conocí a Vasko a mediados del 63, algunos meses después de mi llegada a Belgrado. La editorial Nolit había publicado en una colección, dirigida por Zoran Misic, una traducción de *Ficciones* de Borges. Llevado por la curiosidad, quise conocer a Misic, curiosidad que no era extraña, pues a pesar de la apertura cultural, que se había iniciado pocos años antes, aún había muchos escritores fuertemente influidos por el realismo socialista. La publicación de *Ficciones* en una ciudad como Belgrado, cuando apenas comenzaba a construirse la fama europea de Borges, no podía no ser, para un recién-venido argentino un acontecimiento. Fue, entonces, cuando el mismo Zoran Misic me presentó a Vasko Popa, del cual yo no había leído una línea. Al salir de la editorial llevaba conmigo un ejemplar de *Ficciones* y dos libros de Vasko. A la noche, ya me había convertido en un lector firme de su poesía. Bastó un segundo encuentro para que naciera una amistad que se mantuvo inalterable por casi tres decenios, durante los cuales tuve también la satisfacción de colaborar con él en la comuna literaria que había fundado en Vrsac.

Lo vi por última vez en 1990, pocos meses antes de su muerte. Sabía que estaba enfermo y fui a Belgrado para verlo. Una vez allí, lo llamé por teléfono para anunciarle mi visita. Vasko me respondió, palabra más, palabra menos, como sólo él sabía hacerlo. «Después de haber roto días y noches en tantos cafés, no me digas que no tienes mejor propuesta que venir a mi casa». No era fácil escoger el café, pues en los años de mi permanencia en Belgrado hubo días en que saltábamos de uno a otro –con cena intermedia– para terminar, pasada ya la medianoche, en *La última chance*, un local del parque Tasmajdan abierto las veinticuatro horas. Nos citamos, finalmente, en la terraza del *Metropol*, donde pasamos toda la tarde. Esta vez todo era igual como en aquellos años sesenta y setenta, pero diferente. Vasko me contó con detalles, como si se tratara de un tercero –era su modo de contar– todas las vicisitudes de su enfermedad, sin ninguna concesión al lamento, sin ninguna imprecación contra el destino. El hablar pausado, el tono de siempre en su voz, la mirada de niño incorregible, todo era natural, una simple y enorme exaltación de lo cotidiano. Recuerdo bien que me dijo, con la calma de quien ha puesto las cosas en orden, que desde hacía

un tiempo coexistían tres Vaskos: el que todos saludan por la calle, sobre todo los chicos, ignaros de su enfermedad; el Vasko al que los amigos no se atreven a llamar por teléfono y al que llaman los enemigos porque saben que se está por morir; el que conocen los editores, que se apresuran a preguntar si tiene algún manuscrito. Y con rigurosa minuciosidad, como si hubiera reordenado el mundo, se explayó sobre estas categorías. En ningún momento intentó cambiar la perspectiva e insinuar, siquiera, quién era el verdadero Vasko, su sufrimiento, su relación con la muerte, como si su calma presencia fuera ya suficiente. Algo sí, dijo: «Sólo un mal jugador no pone en sus cálculos la muerte; además, ¿quién no te dice que tal vez se trate de una nueva experiencia?» Cuando encendió su primer cigarrillo, antes de que yo le preguntara nada, me dijo que sí, que le estaba prohibido fumar, pero que un cigarrillo más o uno menos no puede ya cambiar las cosas. Hablamos también de Buenos Aires, que él había conocido en los años ochenta y que lo había deslumbrado. Allá había conocido a Sábado, por el cual tenía una gran estima y con el cual había pasado un día en Santos Lugares.

Obstinado en expresarse a través de su poesía, una mágica y dura concentración de sabiduría y belleza, Vasko no concedió jamás una entrevista. Pensaba que lo que tenía que decir lo había dicho ya con su poesía. Me pidió que, cuando fuera a Buenos Aires, lo disculpara ante una colaboradora de *La Nación*, quien, en un encuentro, se había apresurado a poner en funcionamiento un grabador que él le arrebató de sus manos. «Fui muy duro pero, en fin, no era la primera vez que me pasaba», me dijo; «explícale que no quise ser descortés». Así como rechazaba las entrevistas, del mismo modo se negaba a hablar de su poesía. Y, si alguna vez me mostraba algún poema manuscrito, lo hacía por la simple alegría que le había producido terminar con una tarea casi titánica; no esperaba ningún eventual discurso ni, mucho menos, hubiera estado dispuesto a responder a semejante discurso. Tanto cuanto era grande su aversión a hablar de su poesía, tanta era la alegría que ponía al hablar de la poesía.

A fines de los años setenta, Vasko estaba obsesionado por una idea que, hasta donde sé, no llevó a la práctica: invitar a algunos poetas contemporáneos a escribir, ordenándolas jerárquicamente, las diez palabras esenciales para cada uno. Recuerdo que, en esa misma conversación, entusiasmado y sin invitación alguna, pensando seguramente que el límite de diez era demasiado estrecho, me dispuse alegremente, sin pensar todavía en jerarquizarlas, a alinear palabras. Me detuve, como en tantas otras ocasiones después, cuando intenté el juego, en la quinta. Llegaba una sexta o una séptima, pero no había nada que hacer: estaba ya implícita en las cinco ante-

riores. Nunca olvidaré la risa neta de Vasko y su respuesta demoledora, que era más o menos ésta: «En el fondo, has llegado demasiado lejos. Hasta creo que has exagerado». Esta anécdota expresa de un modo alegre su exasperada relación con la palabra, evidente, por lo demás, en su poesía.

Hablaba lentamente, como si esperara que, incluso en esas charlas de café, o en esa última tarde en la terraza del *Metropol*, convergieran, en un tiempo y espacio únicos, las palabras justas. La poética que regía sus obras estaba presente también en las simples –es un modo de decir– conversaciones cotidianas. De pocos poetas se podía decir, como de Vasko, que estaban hechos de palabras, cada una de las cuales remitía, por ese modo de usarlas, a sus infinitas historias y posibilidades, siempre como si fueran fundadas en el acto mismo de su pronunciación.

